

Me llamo María, tengo 20 años, mi color favorito es el rojo y con un helado de avellana soy un poco más feliz. Cuando tenía 3 años estuve a punto de morir, mis primeros recuerdos son de esa época, recuerdo la habitación blanca impoluta, todos los médicos que pasaban y pese a todo me sonreían, la mano temblorosa de mi madre. Me aislaron y durante 10 días solo preguntaba por mi hermana. Pero también recuerdo el día que mi hermana llegó, lo mucho que jugamos y la comida familiar que hicimos cuando todo acabó. Con 5 años mi abuelo sufrió un infarto, mi madre con su paciencia infinita me intentó explicar que el abuelito estaba muy mal y yo sin apenas entender nada cuando lo vi en el hospital me subí a su cama y le dije que sabía lo que era estar al borde de la muerte. Le cuento esto para hacer esta carta un poco más personal, no me comparo porque no hay comparación posible a enfermarse por una pandemia global pero aun así hay esperanza.

Está aislado pero no está solo, toda su familia piensa en usted, España sale a las 8 a aplaudirle por el coraje que muestra luchando contra una enfermedad que nos ha quitado todo pero no la esperanza, la alegría ni las ganas de vivir. Cada rincón de nuestro país se llena de aplausos y música cuando llega el atardecer, para recordarnos que estamos unidos en esta lucha. Antes todos vivíamos absortos en nuestros problemas y obligaciones, no valorábamos las pequeñas cosas que nos hacían felices. Ahora hemos descubierto que nuestros vecinos pueden ser amigos, compañeros de lucha pues cuando salgo y los veo a todos felices se que no me puedo rendir, que debo cumplir con mi cuarentena. Yo, particularmente, me acabo de aprender el nombre de muchos de ellos, he empezado a saludarlos a través de mi ventana. Estamos aislados pero nunca solos pues creo que no he hecho tantas videollamadas en mi vida, cada día llamamos a nuestros familiares y amigos (gracias a la tecnología por permitirnos esos ratitos de risas con los nuestros). Hasta mis abuelos han aprendido a hacer Skype y es muy gracioso porque los pobres solo se enfocan la frente pero por lo menos durante un instante parece que todo es normal. Cuando se recupere (que lo hará) se unirá al club de las llamadas eternas, conocerá mejor a sus vecinos y mirar por la ventana será el mejor plan del mundo.

No le conozco pero le pido que luche contra este virus porque cuando esto acabe podrá abrazar a su familia, tomar café en su bar y ser feliz. Entre todos vamos a frenar la curva, la enfermedad y todo el dolor que nos ha causado.

Supongo que en el hospital tendrá mucho tiempo para pensar, así que le propongo que haga una lista con todas las cosas que quiere hacer al acabar; lo primero que quiero hacer yo es ir a ver a mis abuelos, luego tomarme una cerveza con mis amigos y salir a correr.

Ya son las 19:30, voy a vestirme para poder salir a aplaudir y hoy el aplauso es para usted. Mucha fuerza y ánimos.

Pd: en las próximas comidas familiares usted tendrá la historia más guay de todas pues podrá decir que venció al coronavirus.

Con cariño,  
María.